

Situación: cómo acercarse a los trabajadores y al peronismo

La izquierda y los sectores juveniles, lejos de entusiasmarse con esas posibilidades, más bien aspiraban a “entroncar” con el peronismo. Para promover su punto de vista y dar batalla política dentro del Partido, en marzo de 1960 comenzaron a editar la revista Situación. Situación se definía a sí misma como “revista socialista militante”, “latinoamericana” y “marxista”, al exclusivo servicio de la clase trabajadora, “cerrada para los liberales” y destinada a colaborar en la construcción de un camino propio para la revolución en Argentina. Su objetivo declarado consistía en impulsar la discusión interna en pos de delinear un perfil “revolucionario” para el PSA, y encarar un decidido acercamiento a las luchas de los trabajadores, lo cual implicaba definir su actitud hacia otras fuerzas políticas, en particular el peronismo y el comunismo. La revisión histórica de la trayectoria del PS que sus editores propiciaban, quedó plasmada en una visión duramente autocrítica de la historia del Partido y, en simetría con el recuento de los “errores de la izquierda”, se ofrecía una caracterización que acentuaba las potencialidades revolucionarias del peronismo –a cuyo desarrollo la izquierda debía contribuir.

Estos temas estuvieron presentes desde el primer número, sobre todo en un polémico artículo escrito por Pablo Giussani, cuyos ecos se harían sentir tanto en los siguientes números de la revista como en otras publicaciones socialistas, e inclusive fuera de los límites del PSA, tal como lo muestra el nº 50 del comunista Cuadernos de Cultura (CC); en dicho artículo –donde el autor recoge gran parte de las ideas ya expresadas por Latendorf en la encuesta realizada por Carlos Strasser en 1959-, afirma que la reciente división del PS había expresado algo más que la contradicción con quienes habían desviado al Partido de “su doctrina” –el ghioldismo. La fractura, en realidad, había sido producto de la lucha entre dos concepciones del socialismo: una, que lo entendía como “idea” -o como “docencia”-, y otra que lo asumía como “tarea”. La primera versión había primado durante una larga etapa de la vida del Partido, y habría sido expresión de grupos obreros y núcleos intelectuales afincados en un país que, en virtud del tipo y grado de su desarrollo económico, no reclamaba aún de soluciones socialistas; por esa razón, a diferencia de lo ocurrido en Europa, entre nosotros, el socialismo habría sido practicado como “profesión de fe subjetiva de una idea”, y no como “revolución de la realidad”, sobre la cual por otra parte, nunca había estado en condiciones de incidir. Sin embargo, el PS había actuado “como si” fuese una real oposición no haciendo más que traducir las luchas sociales en “lucha de ideas”, reduciéndolas a la opción “democracia- totalitarismo” y embanderándose en una abstracta defensa del parlamentarismo. Por eso en 1955, no había advertido el nivel ni el sentido

tomado por la lucha de clases en el país y había vuelto a “equivocarse de bando”, quedando alineado con el clero, los militares y la burguesía, es decir con lo más criticable que había tenido el peronismo. En opinión de Giussani, el reconocimiento de semejante error, había dejado a la militancia sin una doctrina que le permitiera orientarse, ya que la “tradición partidaria” era una herencia que sólo podía ser aprovechada por los que “se separaron” del PS en 1958; los demás -es decir ellos, los “socialistas argentinos”-, desde entonces se veían enfrentados a una verdadera “crisis de identidad”, reflejada en la multiplicación de grupos que convivían en el PSA y que se diferenciaban entre sí según el grado de acercamiento que cada uno tuviera con otras identidades políticas, tales como el “comunismo”, el “trotskismo”, el “silvio-frondizismo”, e inclusive, el ghioldismo que aún persistía en algunos afiliados. Según una gráfica expresión del autor, el PSA era un partido “asomado a sus fronteras”, balanceándose peligrosamente “sobre el abismo”: la falta de doctrina, sumada a la “conciencia culpable”, lo ponía en riesgo de ceder a la tentación de “mudarse de la Revolución Libertadora al peronismo”. Revisando las posiciones existentes en el PSA, Giussani advertía que si el Partido se lanzaba a la unidad con “todo” el peronismo, sin diferenciar a las direcciones sindicales y políticas “claudicantes”, contribuiría a mantener a la clase obrera dentro de “una estrategia de derrota” –la que alienta falsas “soluciones nacionales” y “adereza” la figura de Perón. Por el contrario, los socialistas no deberían perder de vista que, como superestructura política e ideológica, el peronismo era una “pieza del sistema” de la que era necesario “extraer” a los trabajadores, haciéndoles ver que en las actuales circunstancias “la revolución nacional sólo es posible como revolución social”; la argumentación de Giussani fundamentaba la opción de orientar al PSA hacia la construcción de un “frente de trabajadores”, en el que los socialistas privilegiarían la unidad con el sindicalismo combativo y con la izquierda peronista.

Con una interpretación bastante similar de la historia del socialismo, aunque menos ferozmente autocrítica, T. Di Tella escribió también en Situación para decir que la disyuntiva del PSA -y de toda la izquierda argentina-, consistía en optar entre un “socialismo ideológico” o un “socialismo político”; decidido partidario de la unidad con “todo” el peronismo, el autor consideraba ilusorio apostar a la conquista de sus bases, tal como subyacía en el pensamiento de quienes temían a la unidad con los sindicatos y pensaban que era posible separar a los trabajadores de sus dirigentes; por otra parte, Di Tella veía que el verdadero peligro que se corría, si no se lograba un efectivo lazo con la clase obrera, era el de generar una fuerte “radicalización ideológica en un socialismo sin base social”; por eso, insistía en que el único camino realista era el que conducía a la confluencia entre el movimiento obrero y los “intelectuales de izquierda”, para avanzar -si fuera posible- hacia la construcción de un “partido unificado”.

Debido a la centralidad que le asignaba a la definición de la política “frentista”, el grupo de Situación organizó, y luego publicó, una mesa de debate entre dirigentes representativos de las diversas tendencias existentes en el PSA; dicho debate permite completar el mosaico de posiciones que convivían en el Partido, poco antes de la celebración de su 45º Congreso en el que, precisamente, la cuestión del “partido” y el “frente” serían el tema central. Junto a opiniones socialistas de tipo más bien “tradicional”, se expresaron otras que, como la de Isidro López -Secretario de la Federación Socialista de San Juan-, evidenciaban cercanía con la línea “frentista” del PC; López, que sostenía una de las versiones más amplias del “frente”, partía de caracterizar al país como “semi feudal”, y, en consecuencia, entendía que la revolución debería atravesar, necesariamente, una “etapa de carácter democrático burgués”, antes de que pueda iniciarse el pasaje al socialismo. Por esa razón, los trabajadores debían contar con el apoyo de todas las clases y fuerzas “antioligárquicas y antiimperialistas”, incluyendo a sectores de la “burguesía nacional traicionada por Frondizi”, y a las fuerzas políticas que las representaban. En un “frente” de fronteras tan dilatadas, el Partido, por el contrario era definido por López de manera restrictiva como “estado mayor” de la clase obrera –a la manera leninista- y no como el “partido de masas” que otros gustaban imaginar; lejos de la concepción del “frente de clase” - al estilo trotskista de Visconti-, tampoco coincidía con las perspectivas insurreccionalistas que urgían al grupo de Latendorf y Giussani.

Este grupo, que era el que editaba Situación, se veía a sí mismo como “vanguardia” y pensaba el futuro del PSA en el marco de un “frente de liberación nacional y social”; fuertemente influido por el pensamiento de Ernesto Guevara y de John W. Cooke, buscaba la confluencia con el peronismo -el “movimiento nacional”-, y con aquellos núcleos de la izquierda que al calor de la radicalización del proceso cubano, también apostaban a una salida “revolucionaria”.